

que esta resolución se la comunicabab también al Virrey.

Terminada la breve, pero gloriosa campaña de 1821, en la que el P. Izquierdo tuvo un meritorio participio, le tocó entrar á México en Septiembre de dicho año, á la cabeza de un cuerpo de infantería, que formaba parte del triunfante ejército de las Tres Garantías.

Don Carlos M. Bustamante habla muy bien del P. Izquierdo, asegurando que era un decidido y buen patriota; que había consumido todos sus recursos en favor de la Independencia; que organizó y disciplinó con esmero una respetable división de tropas; que dió claras muestras de valor en el Cerro de la Goleta, en los Lubianos y en otros combates, y que en el Distrito de Sultepec gozaba de mucha influencia y simpatías.

Don José Manuel Izquierdo era oriundo de Sultepec y se encontraba todavía viviendo en México el año de 1825; volvió á su pueblo natal y falleció por el año de 1833.



DON FRANCISCO ORTIZ.

Fué éste el más pequeño de los Pachones y es el menos conocido; por esta última circunstancia poco será lo que digamos á propósito de él.

Aunque casi siempre combatió al lado de Matías y cuando faltó éste, siguió al de Encarnación; empezó, no obstante, á distinguirse por su propia cuenta el año de 1817; fortificado su hermano, el último de los citados, en la Mesa de los Caballos, dejó la dirección del fuerte de San Miguel, á Don Francisco, mientras que él iba á expedicionar por la comarca en combinación con las partidas de Carmona, Sanmartín, Núñez y otros insurgentes que obedecían á la Junta de Jaujilla. Por la posición de ese fuerte se comunicaba al Oeste con el del Sombrero, que poseía Don Pedro Moreno, y por el Este y Norte, con la Sierra de Jalpa, donde Tovar había fortificado el Cerro de la Faja y con el real del Doctor, donde se había hecho fuerte al Doctor Magos. Importaba, pues, al gobierno español, destruir esa serie de puntos fortificados, donde encontraban asilo seguro los insurgentes y que dificultaban el movimiento de sus tropas; decidió, pues, irse apoderando de ellos, uno por uno, y el primero en que se fijó fué en el de San Miguel, para aislar á los independientes de Guanajuato de los de Querétaro. El 4 de Marzo atacó Ordóñez el fuerte, pero fué rechazado con grave pérdida, por lo que espere refuerzo y dió un nuevo ataque el 10 del mismo mes, consiguiendo tomar el Fuerte á viva fuerza y haciendo una horrorosa carnicería entre los fugitivos.

Francisco Ortiz y Carmona consiguieron escapar, así como Encarnación que á última hora llegó al fuerte, y todos ellos se refugiaron en el cercano del Sombrero, mientras organizaban su ejército: aún estaban dedicados á ello, cuando llegó Mina, al que inmediatamente se le unieron; y desde entonces, Francisco se encargó del mando de la infantería de su partida y con ella concurrió á la acción dada en León, á la defensa del fuerte, del que salió días antes de que fuese la salida general, haciendo otro tanto en el de los Remedios, en la batalla de la hacienda de la Caja, y por último en los asaltos de Guanajuato; en el primero, Don Francisco Ortiz le realizó por su cuenta, entrando hasta la plaza de San Ramón, del mineral de Valenciana, pero fué rechazado por el Comandante Campuzano, que le hizo perder diez y siete hombres; en el segundo ataque, dado por Mina el 25 de Octubre con fuerzas superiores, Ortiz también entró por el lado de Valenciana y pegó fuego al tiro general de ella, en el cual, siendo todos los techos de madera, se levantó en pocos momentos una gran llamarada. Este proceder indignó á Mina que despachó á Ortiz y á sus demás auxiliares, á sus respectivos Distritos, y fué causa indirecta de la aprehensión del caudillo navarro, pues Orrantia que lo buscaba sin saber donde encontrarlo, vió desde la llanura el incendio y comprendió que Mina andaba cerca, y dió con él, en el rancho del Venadito.

Muerto Mina, siguió Ortiz al lado de su hermano Don Encarnación, acompañándolo en bastantes de las acciones, que sostuvo y que ya no fueron muchas durante los años de 1818 y 1819, año en que éste se indultó. Cuando ésto sucedió, se hallaban separados, lo que no fué obstáculo para que el segundo escribiese al primero, dándole cuenta de lo que había hecho, é invitándolo á que también se indultase, en vista de la decaída que estaba ya la revolución. Francisco Ortiz, á quien el Padre Incapié se había encargado de seducir, cayó también en la astuta red tendida á su hermano Encarnación, y ambos, hábilmente sugestionados, ó mejor dicho, vencidos y engañados por los interme-

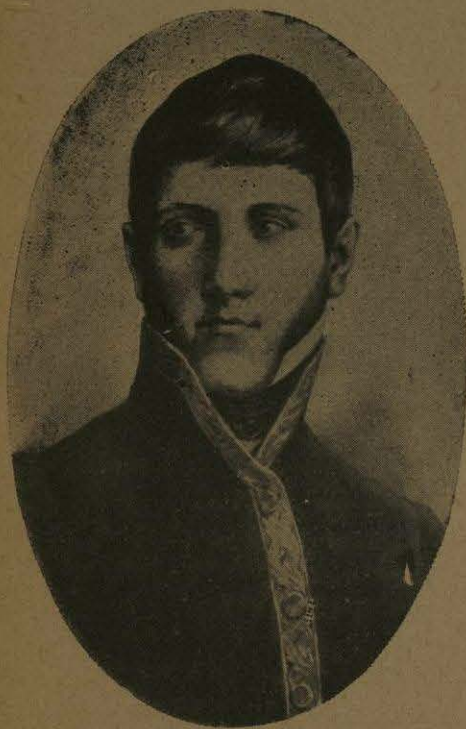
diarios de quienes se había valido el Coronel Linares, quedaron al fin sometidos al servicio del Gobierno realista, y en obsequio de la verdad debe decirse que no abusaron de las facultades ó de las instrucciones que se les dieron para que cuidaran de la paz y el orden, en la zona confiada á su custodia y vigilancia.

El único mal que la sumisión de "los Pachones" ocasionó á la causa insurgente, fué que, á ejemplo de ellos, se sometieron también muchos de sus defensores, aunque no pocos le quedaron fieles y siguieron combatiendo con brío á las armas realistas.

"En resumen, dice un escritor, esa sumisión parece increíble y no era de esperarse de parte de un hombre que tantas y tan firmes muestras de adhesión había dado á la causa de la Independencia; que había combatido sin descanso en favor de ella; que había desafiado con valor indomable la tenaz y continua persecución que le hicieron todos los jefes realistas que operaban en las Provincias de Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí; que había llenado de terror á los partidarios del Rey, venciéndo los muchas veces en rudos y sangrientos combates." Sin embargo, el indulto de los dos hermanos se explica perfectamente, cuando se reflexiona, que casi toda la provincia estaba ya pacificada, y que si ellos hubieran continuado con las armas en la mano, su porvenir no era otro que morir en cualquier combate ó fusilados por el primer Comandante realista que los hubiera hecho prisioneros.

En Abril de 1821, volvió á tomar las armas en favor de la Independencia, cuando Iturbide proclamó el Plan de Iguala; estuvo en la acción de Atzacapotzalco (Agosto) y entró á México con el Ejército de las Tres Garantías, el memorable 27 de Septiembre. Vuelto el ejército á sus respectivas Provincias, es probable que Ortiz, último de su familia que quedaba, siguiese en la división de Bustamante, destinada á Jalisco, ó tal vez que, como muchos hicieron, abandonase la milicia. En realidad, se ignora cuál fué su género de vida después de la Independencia.

ST. ALFONSO'S
D. A. N. S.



El Gra. D. Francisco Javier Mina.



DON FRANCISCO JAVIER MINA.

Es de los héroes más conocidos, y con sobrada razón figura entre los principales caudillos, no obstante que su campaña fué demasiado corta, por desgracia.

Era navarro, nacido en Monreal en Diciembre de 1789; pasó sus primeros años en las montañas, ejercitándose en la caza, en la que que adquirió aquella fuerza y habilidad y aquella resistencia para las fatigas, que tan útiles le fueron en el curso de su agitada y tempestuosa vida. Hizo sus estudios primarios en Pamplona, destinándose á la carrera del foro, y de allí pasó á seguirlos á Zaragoza, en donde se hallaba, cuando ocurrieron los sucesos de Madrid y de Bayona.

Mina, por el temple enérgico de su espíritu, no podía dejar de tomar parte en el movimiento general, y abandonando los estudios, se presentó á servir en clase de voluntario en el ejército del Norte. Los reveses sufridos por los ejércitos españoles, que no pudieron hacer frente á las tropas aguerridas de Napoleón, no entibieron para nada la resolución de Mina, pero sí le hicieron tomar diversa dirección. Proyectó entonces hacer de las montañas de Navarra el teatro de la guerra, reuniendo algunos jóvenes acostumbrados á la vida de cazadores, para molestar continuamente la retaguardia del enemigo, interceptando sus convoyes y correos y atacando sus destacamentos. Las primeras pruebas fueron felices: con doce hombres que lo eligieron por su

caudillo, sorprendió un destacamento francés de veinte, que fueron hechos prisioneros sin resistencia. Tan buen resultado excitó á otros muchos á seguir su ejemplo, siendo éste el principio de la insurrección de la Navarra, que fué imposible á los franceses sofocar, aunque emplearon para ello mucho número de tropas y ejercieron las más atroces persecuciones. Mina consiguió en breve organizar en la Navarra, Cuerpos numerosos de voluntarios, de los cuales fué nombrado Comandante, con el grado de Coronel, por la Junta Central, y la de Zaragoza le confirió el mando del alto Aragón; pero tuvo la desgracia de ser hecho prisionero en una acción, después de haber recibido muchas heridas, y fué conducido al castillo de Vincennes, cerca de París, en el que permaneció durante toda la guerra, y en esta prisión se dedicó al estudio de las matemáticas y de las ciencias militares, bajo la dirección del General Labsoire, aprovechándose de la excelente biblioteca del mismo castillo: su tío, Don Francisco Espoz y Mina, le sucedió en el mando de la Navarra, en el que se hizo memorable por las guerrillas que organizó, que vinieron á ser un ejército respetable, con el que tanto daño causó á los franceses.

Con la terminación de la guerra, Mina quedó en libertad y pasó á Madrid, pero siendo decidido por las ideas liberales, no pudo sufrir que Fernando hubiese restablecido el poder absoluto, y habiendo rehusado admitir el mando que el Ministro Lardizábal le ofreció, de uno de los Cuerpos de tropas destinados á Nueva España, volvió á Navarra, en donde de acuerdo con su tío Espoz, intentó hacer una revolución para restablecer la destruida Constitución. Sus planes se frustraron, y tío y sobrino tuvieron que huir á Francia, de donde el último pasó á Londres, y se le asignó por el Gobierno inglés una pensión considerable: fuese por miras liberales ó por fines interesados, deseaban fomentar la Independencia de Nueva España, con cuyo objeto le proporcionaron un buque, armas, y dinero, y tomó informes y noticias de algunos mexicanos, los cuales alucinados ellos

mismos y formándose una idea muy errónea del estado de su patria, de la que estaban ausentes hacía tiempo, confirmaron á Mina en su plan de trasladarse á México, con el doble objeto de vengarse del Rey Fernando y de dar vuelo á sus ideas liberales.

Uniósele en aquella sazón el Doctor Don Servando Teresa de Mier, de quien hemos tenido tanta ocasión de hablar en diversos lugares de este libro, que hallándose en Londres destituido de todo género de recursos, vivía á expensas de la liberalidad de algunos mexicanos que lo socorrían, y por haber éstos de dejar pronto aquella ciudad, iba á quedar aun sin este corto auxilio. Con Mier, treinta oficiales españoles é Italianos y dos ingleses, salió Mina de Inglaterra en el mes de Mayo de 1816, en un buque que fletó, y aunque su primer plan había sido ir á desembarcar en derecho en las costas mexicanas, las noticias que recibió de los reveses sufridos por los insurgentes en aquella época le hicieron variar de intento y se dirigió á los Estados Unidos. Alistáronse bajo sus banderas varios oficiales que habían servido en Europa en los ejércitos franceses é ingleses, algunos de las tropas de los Estados Unidos, y porción de aventureros, de los que abundan en aquel país; concluidas todas sus prevenciones, despachó de Baltimore el buque mismo en que había venido de Inglaterra, expedido por la Aduana para San Tomás, y habiendo anclado cerca del fuerte de Mac Henry, se embarcaron á su bordo en la tarde del 28 de Agosto doscientos aventureros, bajo la dirección del Coronel alemán Conde de Ruuth, acompañándolo una goleta con el Teniente Coronel Myers, y toda su Compañía de artillería. Mina con su Estado Mayor, el Coronel Montilla, colombiano, que había servido á las órdenes de Bolívar, y el Dr. Infante, habanero, que iba en calidad de literato y periodista, se dió la vela de Baltimore el 27 de Septiembre en un bergantín que compró, y antes de salir envió una goleta muy velera á las costas de Nueva España, para instruirse del estado de las cosas y ponerse en comunica-

ción con Victoria, que se suponía ocupaba á Boquilla de Piedras, cuya comisión confió al Dr. Mier; la expedición no se detuvo en la barra del río Bravo más que lo preciso para proveerse del agua y víveres que necesitaba, y levandó anclas hizo rumbo hacia la embocadura del río de Santander, en cuya ribera izquierda está situada la villa de Soto la Marina; el 22 emprendió Mina la marcha á la actual población de este nombre, guiado por un natural de ella que había traído consigo de Nueva Orleans.

Sin embargo, éste parece que había olvidado el camino, pues se extravió y la marcha duró tres días, dando un largo rodeo, en el que la tropa padeció mucho por el calor y falta de agua. Mina iba á pie á la cabeza de su división: la vanguardia, compuesta de la guardia de honor, la caballería y un destacamento del 10. de línea a las órdenes del Mayor Sardá, no encontró oposición, aunque durante la marcha la siguió á la vista Garza con su caballería, el cual al aproximarse Mina abandonó la villa é hizo que se saliesen muchos de los vecinos, á quienes persuadió que los que iban á llegar eran herejes, que venían á saquear y á cometer todo género de desórdenes. No obstante esta alarma, Mina fué bien acogido por los que quedaron, saliendo el Cura á recibirlo en capa pluvial y palio, y los que habían emigrado fueron volviendo á sus casas. Las lanchas subieron río arriba y condujeron una pieza de artillería con porción de municiones y otros efectos. Mina nombró Alcaldes y las demás autoridades.

Mina dispuso su marcha, y para verificarla, hizo acampar la parte de la división que debía acompañarlo en la ribera derecha del río, á cosa de una legua de Soto la Marina, y allí permaneció algunos días. Teniendo Arredondo muy poca infantería, se dió orden para que marchase á unirsele el Batallón expedicionario de Fernando VII, que había recientemente destinado á la provincia de Guanajuato, y se dispuso que todas las tropas que se hallaban más inmediatas al río de Tampico, en la línea desde la costa hasta la Sierra Gorda, formasen

un Cuerpo de ejército á las órdenes del Coronel del Batallón de Extremadura, Don Benito Armiñan, Comandante general de la Huasteca. En consecuencia, se dirigió éste con el Batallón de su mando á Tampico, y sucesivamente se le reunieron en diversos puntos el Teniente Coronel Don Facundo Melgares, con una sección de caballería de Durango ó Nueva Vizcaya; el Teniente Coronel Don Francisco de las Piedras con el Escuadrón de Tulancingo; el Mayor Ráfois con el Batallón 10. Americano, y un piquete del Provincial de México; el Capitán Villaseñor con un Escuadrón de Sierra Gorda, y el Capitán Terrazas con un gran número de realistas de Río Verde.

El nuevo insurgente se dirigió hacia el Sur de la provincia de Nueva Santander, pues le urgía ponerse en comunicación con los pronunciados que había en el país; nada extraordinario le ocurrió hasta llegar á la ciudad de Horcasitas, situada á la orilla del río que baja á Altamira. En vista de las noticias que allí adquirió, queriendo apresurar más su marcha, mandó Mina una partida á tomar setecientos caballos mansos, pertenecientes al Coronel Don Cayetano Quintero, dueño de la hacienda de El Cojo y uno de los jefes más activos del partido realista, quien los había hecho reunir allí para servicio de las tropas reales. Esta presa fué de la mayor importancia para Mina, pues aunque la mayor parte de ellos se extravió en la obscuridad de una de las noches inmediatas, pasando una cuesta áspera por un sendero estrecho y dificultoso en la continuación de la marcha, los mejores habían sido escogidos por los soldados y sirvieron para montar toda la división.

Mina, que no tenía intención alguna de combatir, sino que por el contrario, procuraba evitar todo encuentro doblando sus marchas hasta reunirse con los insurgentes del Bajío, había aprovechado la ventaja de tener su gente bien montada, y cuando Armiñan estaba todavía en la misión de Baltasar, á dos jornadas de Horcasitas, en donde recibió los caballos muy precisos que pudo conseguir, tomados por Mina, los que

debían haber servido á su tropa, éste se hallaba á corta distancia del Valle del Maíz, á donde había llegado el Capitán Villaseñor con su Escuadrón de Sierra Gorda para unirse con Armiñan. Súpose en esto la marcha de Mina por avisos repetidos de los lugares del tránsito, y aunque Villaseñor no contaba con más fuerza que con su Escuadrón, que tenía 120 hombres, y con 32 realistas de aquel pueblo, resolvió salir á prevenirlo, ocupando las gargantas de la sierra por donde Mina tenía que pasar. Este, por la rapidez de sus marchas, las había ya dejado atrás, y cuando Villaseñor llegó al punto de Lobos, distante tres leguas y media del Valle del Maíz, supo por sus avanzadas que Mina acampaba aquella noche á dos leguas de distancia, por lo que retrocedió, situándose ventajosamente en una altura junto al camino. Mina destinó los mejores tiradores de la Guardia de Honor y del Regimiento de la Unión á hacer el servicio de guerrillas, y cuando por el fuego de éstas la izquierda de los realistas se replegaba sobre su reserva, cargó con el grueso de la división y obligó á Villaseñor á retirarse hasta las calles de la población, pero no pudiendo sostenerse ni aun en ellas, salió por el extremo opuesto, siguiéndolo Mina con veinte húsares, con los cuales lo persiguió hasta el valle de San José, dos leguas más adelante, en dirección á San Luis. Villaseñor sufrió una pérdida considerable: Mina tuvo varios heridos, uno sólo de gravedad, é hizo seis prisioneros, que dejó en libertad. Esta acción, que se dió el 8 de Junio, fué la primera en que Mina se hizo conocer á sus soldados, cuya confianza y afecto ganó por la intrepidez y habilidad de que dió pruebas, así como él mismo pudo contar con la decisión y valor de aquéllos.

Sin detenerse más que lo absolutamente preciso, dobló sus marchas, y en la noche del 14 llegó á alojarse á la hacienda de Peutillos, á quince leguas de San Luis Potosí. El mayordomo y criados de la hacienda habían huido, llevándose el ganado y las provisiones, por lo que los soldados de Mi-

na, fatigados y hambrientos, se encontraron sin cena, pero prevaleciendo el cansancio, se echaron á dormir, esperando para el día siguiente un buen rancho, mas antes de que estuviese preparado se avistó el enemigo y fué menester correr á las armas. Viéndose asaltado por fuerzas tan superiores, trató el navarro de replegarse hacia la hacienda para reunir todas las suyas; mas los realistas, animados por este movimiento retrógrado, hicieron un fuego vivísimo que causó la muerte de muchos de la división de Mina. Este, conociendo que la retirada era imposible, hizo alto, formando un cuadro para rechazar á la caballería, que lo atacaba por los flancos y espalda: dejó que los realistas se acercasen, y entonces, después de tres "hurrahs" que gritaron con el mayor entusiasmo sus soldados, mandó hacer una descarga á quemarropa y avanzó con denuedo á la bayoneta. La caballería de Rioverde no pudo resistir y cayó en desorden sobre la infantería: ésta se desordenó también y todos huyeron con tal prisa, que el Teniente Coronel Piedras, Comandante de la caballería, arrastrado por el torrente, no paró hasta Rioverde, y no se supo de él en muchos días.

Mina continuó su marcha al Real de Pinos, á cuyas inmediaciones llegó al anochecer, después de tres días en que los soldados apenas habían probado bocado, marchando inciertos del camino que debían seguir; un oficial mandando de descubierta con una partida de caballería se encontró con otra de los insurgentes, los cuales, no teniendo noticia de la aproximación de Mina, y viendo tropas bien armadas y uniformadas, creyeron que eran realistas y comenzaron á hacer fuego. El oficial logró con dificultad hacerlo cesar y entrar en parlamento, siendo el resultado que quedando él mismo en rehenes, llegasen á ver á Mina algunos de los de la partida. La alegría de éste y de su división fué grande, habiendo obtenido por fin el objeto de sus deseos, que era ponerse en comunicación con los que miraba como sus aliados. Mina pasó á ver al Comandante de la partida, que se llamaba Don Cristóbal Nava, y en la tar-

de volvió acompañado por éste á su campamento. El traje de rancho de Nava, su sombrero adornado con una ancha toquilla de galón de plata y un cuadro de la Virgen de Guadalupe, llamaron la atención de los soldados de Mina, y no menos el aspecto grotesco de la gente de Don Cristóbal, que estaba, no obstante, bien montada y armada.

Informado Mina por Nava, de que á cinco leguas de allí había un rancho en que podía alojarse, y que cuatro más adelante estaba el fuerte del Sombrero, se puso en marcha lleno de satisfacción; á poco rato avistó el fuerte del Sombrero, donde á su vez ya se tenía noticia de la aproximación del caudillo y se le esperaba con curiosidad é interés. Mina, con su Estado Mayor, entró en el fuerte en la madrugada del 24 de Junio; su división, habiéndose puesto en marcha algún tiempo después, llegó por la tarde y fué recibida con las más cordiales muestras de regocijo. Su fuerza, al entrar en el fuerte, ascendía á doscientos sesenta y nueve hombres, entre ellos veinticinco heridos, y en treinta días de marcha, por los diversos rodeos que había tenido que hacer, habría andado doscientas veinte leguas, atravesando tan gran distancia por un país ocupado por los realistas, casi siempre á la vista de éstos, en medio de las mayores privaciones, pues se habían pasado dos y tres días sin raciones, y en una sola vez que se hizo más de una comida, ésta fué de carne de vaca, sin pan; en medio de tantas fatigas y escaseces, había ganado dos acciones reñidas, una de ellas contra una fuerza ocho veces mayor que la suya, y tomado un lugar fortificado: trabajos todos que la tropa sufrió con alegría, viendo que su jefe era el primero en tomar parte en ellos, poniéndose á su cabeza á la hora del peligro y animándola con sus palabras y ejemplo. Toda esta serie de sucesos había hecho subir la reputación de Mina al más alto punto, y sus soldados eran mirados como una casta de hombres extraordinaria.

Pocos días de descanso dió Mina á sus soldados y volvió á salir del fuerte con Moreno y Ortiz para otra expedición con dife-

rente objeto. El Marqués del Jaral, Coronel del Regimiento á que por su apellido se dió el nombre de Moncada, residía en la hacienda de que tomaba su título, y aunque el restablecimiento de la tranquilidad en aquellos contornos hubiese removido todo riesgo, tenía á la gente de la hacienda armada, y los edificios de la finca, que eran muy extensos y sólidos, estaban defendidos por parapetos y artillería, habiéndose aumentado su fuerza con los fugitivos de la acción de San Juan de los Llanos, que habían ido á refugiarse á aquel lugar. El Marqués era hombre muy rico y se decía tener guardado mucho dinero. Mina se propuso apoderarse de este tesoro, y proveer su caja militar á expensas del Marqués. Con este intento se puso en marcha con tal precaución, que estaba á la vista de la hacienda el 7 de Julio, sin haber sido descubierto. Las fortificaciones de la hacienda, inexpugnables para los insurgentes, cayeron sin resistencia en poder de Mina: el Marqués huyó, y temiendo que estuviese interceptado el camino de San Luis Potosí, se dirigió á la hacienda del Bizcocho, dejando encargado á su Capellán que recibiese y obsequiase á Mina, dándole cuanto necesitase, pero suplicándole no causase perjuicio en los edificios: la guarnición, aunque ascendía á unos trescientos hombres, se retiró con el Marqués sin intentar defenderse, abandonando tres cañones que tenía. Era ya de noche cuando Mina con su división entró en la hacienda, y sorprendido de no hallar resistencia, creyó que se le había prevenido alguna emboscada, pero habiéndose asegurado de no haber riesgo alguno, dió inmediatamente orden á sus tropas para que respetasen las propiedades y no maltratasen á los habitantes. El día siguiente, se trató de buscar el dinero que se decía tener encerrado el Marqués, y habiendo comenzado á cavar en una pieza inmediata á la cocina, en que un criado de la casa dijo que estaba el tesoro, se encontraron desde luego algunos pesos, lo que hizo se procediese con mayor empeño en la excavación en presencia de Mina, Moreno, Ortiz y tres oficiales del Estado Mayor, habiendo

colocado centinelas á la puerta, y concluida la operación, se contaron 140,000 pesos. El Marqués, en el informe que dió al Gobierno, dijo que se le habían tomado en dinero 183,300 pesos; 86,000 en barras de plata, y en efectos de la tienda, semillas y ganado, 37,100 pesos más, subiendo la pérdida total á 306,400; es probable que á pesar de las precauciones que se tomaron por Mina, á la vista de tan rica presa, algunos de los concurrentes se aprovecharan de ella y ocultasen más que lo que Mina cogió. En carros y en acémilas fué enviado el dinero al Sombrero, y durante el camino aún se perdió alguna cantidad.

Antes de llegar al fuerte, encontró Mina en un rancho inmediato á Don Miguel Borja, quien le avisó que lo esperaban el padre Torres con el Dr. S. Martín y el Lic. Cumplido, estos últimos comisionados por la Junta para felicitarlo por su llegada. Mina salió el día siguiente por la mañana, temprano, y llegando al fuerte de los Remedios se encontró con los sujetos referidos. Tratóse en las conferencias que con ellos tuvo, de arreglar el plan de operaciones que debían seguir, que por entonces se redujo á sostenerse en los puntos fortificados, ocurriendo todos á su auxilio cuando fuesen atacados. El mando en jefe se dió á Mina, que se empeñó en hacer todos los esfuerzos conducentes para hacer triunfar el partido que había abrazado, y con los recursos que le proporcionó la presa del Jarral, hizo que se trabajase sin descanso en habilitar armamento y municiones y en hacer vestuarios y calzado, que contrató en la misma villa de León, ocupada por los realistas. Para dirigir las fortificaciones del cerro de San Gregario y organizar tropas en el territorio dependiente del padre Torres, acompañó á éste cuando regresó á aquel fuerte el Coronel Novoa, y se dieron al mismo Torres ocho mil pesos, para que comprase víveres con que aprovisionar el cerro del Sombrero.

Salió á expedicionar el caudillo navarro y obtuvo algunos pequeños éxitos que contribuyeron á aumentar la fama de entendido que disfrutaba entre los insurgentes.

Observaba Mina con la mayor vigilancia los movimientos de los realistas, é informado por sus espías de la marcha de Negrete á Silao, se propuso aprovecharse de su ausencia para sorprender á la guarnición que había quedado en León. Salió al efecto del fuerte en la tarde del 27 de Julio con su división, una pieza de artillería y alguna caballería del país, que todo ascendía á 500 hombres, pero aunque se acercó con cautela para dar el golpe aquella noche, una partida realista que encontró á corta distancia de la población, volvió á ésta, habiéndolo reconocido, y dió la alarma, de suerte que cuando Mina se presentó fué recibido con un fuego vivísimo de cañón y fusilería, no obstante el cual llegó á penetrar hasta la plaza y ocupó uno de los cuarteles, pero tuvo que retirarse al rayar el día, por no poder esperar un resultado favorable. El mal éxito de este ataque considerado, fué el primer revés que Mina experimentó: su pérdida pasó de 100 hombres, entre ellos 21 prisioneros que fueron fusilados al día siguiente, y entre los muertos fué uno su mayor general, Márquez, que era oficial de valor.

Mina hizo algunos prisioneros que dejó libres, y volvió, sin ser perseguido por los realistas, al fuerte, á esperar el ataque de Liñán, que no podía tardar, como en efecto sucedió. En los primeros días el sitio fué soportable y se creyó fácil aprovisionar el fuerte desde fuera, pero varias tentativas hechas en ese sentido fracasaron. Los sitiados se hallaron en breve reducidos al último extremo por falta de agua: la provisión que cada uno había hecho en el fuerte antes de comenzar el sitio, se consumió bien pronto y era muy difícil y peligroso tomarla del arroyo que corría por la barranca dominada por los realistas, los cuales establecían todas las noches un cordón de centinelas para impedir bajar á sacarla.

Los remanentes de las cañadas estaban agotados y la esperanza de las lluvias se había frustrado, pues para mayor tormento, frecuentemente se presentaban grandes aporatos, más los aguaceros caían á distancia ó en los puntos ocupados por los realistas,

pero ninguno en el fuerte; cayó por fin uno, aunque corto, y los sitiados, que se hallaban en la mayor necesidad, pudieron tomar agua para algunos días. Algunos oficiales europeos del ejército real se acercaron á hablar con Mina, que salió para esto á lo alto de los muros, y trataron de persuadirle cuán desesperada era su posición, ofreciéndole el indulto más completo. Mina, por el contrario, los invitó á pasar á sus banderas, y como en esta conferencia les manifestó que su objeto era el restablecimiento de la Constitución, privando á Fernando VII de los recursos que sacaba del país para sostener la autoridad despótica, habiéndolo oído los americanos del fuerte, esto contribuyó á aumentar la desconfianza que muchos tenían de la sinceridad de sus intenciones.

En la noche del 7 al 8 hizo Mina una salida con 240 hombres hacia el campamento de Negrete. El mismo en persona con 30 hombres de la Guardia de honor y del Regimiento de la Unión, se apoderó de un reducto; pero cargando sobre él las tropas de Nueva Galicia, que habían sido reforzadas con dos Compañías de Zaragoza y no habiendo sido sostenido convenientemente por los insurgentes que venían en su compañía, tuvo que ceder al número y retirarse, habiendo perdido algunos de los suyos, de los cuales quedaron 11 heridos en poder de los realistas y fueron fusilados el día siguiente, á la vista de sus compañeros del fuerte.

Frustrada esta salida, que tenía por principal objeto abrir comunicación con el padre Torres para proveerse de víveres y de agua, Mina se persuadió que la rendición del fuerte era inevitable, si él mismo no salía á traer los auxilios necesarios. Para llevar á efecto su proyecto, en la noche que siguió al ataque del campamento de Negrete, aprovechando el mucho viento y obscuridad que había, salió con Borja, Ortiz y sus asistentes, dejando el mando del fuerte al Coronel Young y burlando, aunque con mucho trabajo, la vigilancia de los realistas, arrojándose por los despeñaderos de la bajada más pendiente del cerro, logró

pasar sin ser sentido por entre sus avanzadas, y llegar á los campos vecinos, no habiendo perdido en esta operación ni un solo hombre.

Mina, habiendo logrado salir del fuerte del Sombrero, se dirigió al de los Remedios con 100 hombres de caballería, y á su tránsito entre León y Silao encontró á un Cuerpo de caballería realista, al que desbarató, quedando muerto el Comandante, que fué lazado y arrastrado, ejercicio en que eran muy diestros los insurgentes. A su llegada á los Remedios el 17, halló al padre Torres ocupado en concluir las fortificaciones de aquel punto, aprovisionarlo y hacer todos los preparativos de defensa, pues no dudaba que sería sitiada por Liñán luego que se hubiese rendido el Sombrero, lo que tenía por cierto que en breve debía suceder. A instancias de Mina, dió Torres orden á todos los Comandantes que le obedecían para que se reuniesen, con el fin de hacer todavía algún esfuerzo en favor de los sitiados en el Sombrero, pero dos días después se supo la toma de este fuerte, noticia que afligió mucho á Mina, aunque sin saber todavía cuán grande había sido la pérdida de los suyos, que había sufrido; algunos de éstos que lograron escapar y se fueron presentando, no estaban informados de los pormenores, y aunque habiendo mandado varias personas para que recogiesen á los que andaban dispersos, sólo se pudieron reunir 31; esperaba todavía que los demás habrían podido huir y unirse á la caballería de Ortiz. Obligado por tal suceso á variar su plan, acordó con Torres que éste se quedaría para la defensa del fuerte, mientras Mina con un Cuerpo de 900 caballos recorría el país circunvecino, con el fin de impedir que los realistas recibiesen víveres y proporcionarlos á la guarnición que quedaba en los Remedios. En consecuencia de este convenio, Mina salió con la gente que Torres puso bajo sus órdenes, dejando en el fuerte para auxiliar á su defensa, casi todos los extranjeros, con lo que Mina quedó reducido á sólo los recursos de su ingenio, puesto á la cabeza de una reunión de insurgentes sin organización, sin discipli-

na y acostumbrados á huir á la vista de los realistas. Los primeros Cuerpos del ejército de Liñán se presentaron delante de los Remedios el 27 de Agosto, y fueron tomando posición en la circunferencia del fuerte. La guarnición ascendía á 1,500 hombres, de los cuales 300 habían sido instruidos por Novoa, y los demás, aunque sin disciplina para combatir en campo raso, eran suficientes para defenderse cubiertos por parapetos. El mando superior lo tenía el padre Torres, pero todo se hacía por dirección del Coronel Novoa y de los oficiales de Mina. Varios jefes insurgentes habían ocurrido para la defensa del fuerte, y entre ellos el indultado, General Don Manuel Muñiz, que como otros de su clase, habían vuelto á tomar las armas, alentados por las ventajas obtenidas por Mina al principio de su expedición.

Mina, saliendo de San Gregorio, se dirigió á la Tlachiquera, hacienda situada en el reverso del Norte de la sierra de Guanajuato; allí lo esperaba Ortiz con su gente, á la que se habían reunido 19 hombres de la división de Mina, que eran los únicos que habían escapado del Sombrero. Uniéronse Don José María Licéaga, que tenía el empleo de Capitán General, pero que no ejercía mando alguno desde que se retiró de Tehuacán, después de la disolución del Congreso.

La primera expedición de Mina fué á la hacienda del Bizcocho, y aunque la gente armada que la defendía se hizo fuerte en la iglesia y el campanario, se rindió con poca resistencia, habiendo huido el administrador, que era al mismo tiempo Comandante. Mina, resentido por la matanza de los suyos hecha por Liñán en el cerro del Sombrero, mandó fusilar á 31 prisioneros que cayeron en su poder, y prendió fuego á la hacienda. Siguió de allí al pueblo de San Luis de la Paz, que estaba fortificado, como todos en aquel tiempo, y tenía una corta guarnición de tropa de línea, además del vecindario, armado.

Instado por Torres, Mina se acercó á los Remedios, pero persuadido de ser empresa temeraria intentar con la gente que tenía

atacar á Liñán en su campamento, volvió atrás desde la hacienda de la Sardina, dirigiéndose hacia la sierra de Guanajuato. y en el llano de Silao se le unió Moreno con alguna caballería. Liñán hizo resguardar el molino de Cuerámara, que creyó amenazado, en que tenía el acopio de trigo y harinas para su ejército, y descontento de la lentitud de Andrade, comisionó al Coronel Orrantía con los dragones de San Luis, San Carlos, Frontera, Sierra Gorda y piquetes de otros Cuerpos de caballería, para seguir á Mina, el cual no creyó prudente esperar. Este trató de convencer á Torres de que el único medio que había para hacer levantar el sitio de los Remedios, era llamar la atención de los sitiadores á otro punto que les importase conservar, tal como Guanajuato, de cuya ciudad creía fácil hacerse dueño y cuyo ataque le propuso; pero Torres lejos de aprobar esta idea, dió orden á los jefes que de él dependía, para que sólo siguiesen á Mina en el caso de conducirlos á atacar á Liñán. Mina supo por algunos desertores que se le presentaron de los Cuerpos europeos, que el campo de los sitiadores estaba reducido á mucha escasez de víveres, pues con sus continuas correrías había logrado impedir la llegada de éstos, mientras que todo abundaba en los Remedios, y por las noticias que los mismos le dieron, concibió la esperanza de que los siguiesen otros muchos de aquellas tropas, que se hallaban descontentos, no obstante estar mejor atendidas que las del país, pues acabando de llegar de la capital, estaban bien provistas de vestuario y calzado, de que carecían los últimos, que hacía tiempo estaban en aquella provincia.

Orrantía, con la sección destinada para perseguir á Mina, compuesta de 200 infantes de las Compañías de Granaderos y Cazadores de Zaragoza y 10. Americano y 600 caballos de varios Cuerpos y de los indultados de Apam á las órdenes de Bustamante, Novoa y Villaseñor, á que después se agregaron algunos infantes más de la Corona y Celaya, marchó con dirección á Guanajuato, creyendo encontrar á Mina en la hacienda de Cuevas, á la entrada de aque-

Ha ciudad, pero á su paso por Irapuato el 10 de Octubre, se le avisó hallarse éste en la de la Caja, á la que se encaminó sin tardanza. Mina distribuyó su gente, que consistía en 1,100 caballos, en diversos trozos resguardados por los sembrados y cercas de la hacienda, y en los edificios de ésta puso en seguro á la multitud de mujeres y niños que seguían á la división, en esta vez en mayor número que de ordinaria, creyendo que se dirigían á Guanajuato, en cuyo saqueo esperaban tener una buena parte; pero desbaratadas las masas de caballería el desorden se aumentó con los gritos de las mujeres, que por todas partes hufan, y Mina pudo apenas abrirse paso con algunos que lo siguieron, retirándose al rancho de Paso Blanco, sin que Orrantía, que había perdido un oficial y 18 hombres muertos ó heridos, se empeñase en seguirlo.

Para remediar la desgracia que acababa de sufrir, dejó Mina orden para que se reuniesen los dispersos en determinado día en la misma hacienda de La Caja, y con 20 hombres se puso en camino por la tarde del 11 y llegó á Jaujilla al día siguiente. En las conferencias que tuvo con los individuos de la Junta, insistió en su plan de atacar á Guanajuato, lo que no pareció prudente á aquéllos, porque pensaban que sería más conveniente sacar de los Remedios á los oficiales de Mina que allí estaban, por no ser tan necesarios, para organizar con ellos un Cuerpo respetable de tropas al Sur de la provincia de Michoacán, en donde no podía ser atacado en algún tiempo, y volver entonces á entrar en campaña: pero Mina hizo punto de honor auxiliar á los sitiados en los Remedios, y con 50 hombres que la Junta le dió, de 100 que tenía, de infantería disciplinada, se puso en marcha, habiendo dirigido desde Jaujilla una proclama á los españoles europeos establecidos en Nueva España, exhortándolos á unirse á él para destruir el despotismo de Fernando VII. Dando un largo rodeo, llegó á Puruándiro, en donde fué recibido con repiques é iluminaciones, deteniéndose en aquel pueblo dos días; de allí pasó al Valle, y reunida en La Caja, como lo había

prevenido, la gente dispersa, se encaminó hacia Guanajuato con 1,100 hombres, de los cuales 90 eran de infantería montados, y alejándose todo lo posible del camino real, rodeando por entre sembrados y plantíos, ocultó tan completamente su marcha desde la hacienda de Burras, que sin que se sospechase su intento llegó al amanecer del 24 de Octubre á la mina de La Cruz, entonces desierta, y después de tanta fama, por las grandes riquezas que ésta producía. Allí se le presentó Encarnación Ortiz con 300 hombres, haciendo el total de 1,400 á 1,500, con los que se acercó en la noche á la ciudad.

Varias veces habían sido atacadas las minas inmediatas á ésta, y aun sus suburbios, y en la última, Francisco Ortiz, uno de los "Pachones," había entrado el 10 de Agosto hasta la plaza de San Ramón, en la mina de Valenciana, siendo rechazado con pérdidas por el Comandante Don Melchor Campuzano. A pesar de estos frecuentes ataques, no parece que hubiese toda la vigilancia que las circunstancias exigían, pues Mina iba entrando en dos columnas por las calles á las dos de la mañana del día 25, sin que hubiese sido visto por nadie. Una ronda con que se encontró en la calle llamada de Los Pocitos, dió la alarma: púsose en movimiento la guarnición; el Comandante Don Antonio Linares hizo colocar en la plaza un cañón, con el que comenzó á hacer fuego sobre la columna principal de Mina, que se adelantaba por la calle del Ensaye y llegó hasta el Puente Nuevo: Mina, sin conocimiento de la población, perdidos sus gafas en medio de la confusión, no sabía cómo salir del intrincado laberinto que forman aquellas calles: su gente comenzó á huir tan en desorden, que ella misma se estorbaba en las angosturas por las que tenía que transitar; y al paso por Valenciana el propio Francisco Ortiz, que poco tiempo antes asaltó aquella mina, pegó fuego al tiro general de ella, en el cual siendo los techos de todas las oficinas de madera, se levantó en momentos una gran llamarada. Mina llevó á mal tal suceso, y habiendo vuelto á la mina de la

Luz, despechado por la cobardía de su gente, dijo á los oficiales que eran indignos de que un hombre de honor abrazase su causa, pues si hubieran cumplido con su deber, los soldados hubieran hecho el suyo, y serían dueños de Guanajuato. En seguida mandó que se fuesen á sus respectivos Distritos, previniéndoles que no dejasen entrar víveres al campo de Liñán ni á Guanajuato; habiéndolos despedido, conservando sólo consigo 40 infantes y 20 caballos, pasó la noche á corta distancia, y en la mañana del 26 llegó al rancho de El Venadito, que hacía parte de la hacienda de la Tlachiquera, perteneciente á su amigo Don Mariano Herrera, el cual residía allí, por haber sido quemada la casa y oficinas de la hacienda por los realistas.

Orrantía, después de la acción de La Caja, había regresado al campo de Liñán, conduciendo un convoy de víveres y municiones; sin demorarse más que lo preciso, volvió á salir en busca de Mina y entró en Puruándiro el día mismo que Mina había salido de aquel lugar; más incierto de la dirección que éste había tomado, estaba el 24 en una hacienda inmediata á Irapuato, perplejo sobre lo que debería hacer, cuando en la madrugada del 25 la llama del tiro general de Valenciana, que vió levantarse sobre los cerros de Guanajuato, le indicó el lugar en que Mina se hallaba. Marchó rápidamente á aquella ciudad, á la que llegó el mismo día, haciendo una marcha de doce horas, é informado en ella de la retirada de Mina hacia la mina de La Luz, tomó el camino de Silao, en donde entró en la tarde del 26 para adquirir informes, pues distribuida en muchos pelotones la gente de Mina, y habiendo éste mandado que en cada uno se dijese que su General iba en él, era imposible saber la dirección que había seguido. Por las noticias que allí se dieron á Orrantía, supo que Mina debía pasar la noche en el rancho de El Venadito, y á las diez de la misma salió para aquel punto con 500 caballos, dejando la infantería en Silao.

Al amanecer el 27, llegó Orrantía á la vista del rancho, y mandó que avanzasen

sobre él á galope 120 dragones del Cuerpo de Frontera, á cargo del Teniente Coronel Don José María Novoa, para no dar lugar á que huyesen Mina y los que con él estaban allí. Los que intentaron defenderse fueron muertos, entre ellos Don Pedro Moreno. Mina saltó de la cama al ruido y salió sin casaca, como había pasado la noche, para tratar de reunir su gente, por lo que aunque su criado favorito, que era un joven de color de Nueva Orleans, ensilló prontamente su caballo, no pudo encontrarlo, y cuando trató de ponerse en salvo, viendo que todo esfuerzo era inútil, era ya tarde y fué cogido sin ser conocido, hasta que él mismo se descubrió con el dragón de Frontera José Miguel Cervantes. Presentado á Orrantía éste lo llamó traidor á su Rey y á su patria, y habiendo contestado Mina con altivez y con expresiones ofensivas al Rey Fernando, Orrantía le pegó con la espada algunos golpes de plano, acción infame, que dió justo motivo á que Mina le dijese con indignación: "Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado." En el mismo día fué conducido á Silao, en donde entró Orrantía en triunfo, llevando con Mina la cabeza de Moreno en una lanza.

La noticia de la prisión de Mina se supo en México el 30 de Octubre á las siete y media de la noche, por parte que dió el Comandante de Irapuato Pesquera: celebróse con repiques y salvas, cantándose en el teatro una marcha, cuya letra fué improvisada por uno de los concurrentes, y el primero de Noviembre que se recibió el aviso oficial de Orrantía, se comunicó inmediatamente por extraordinario á todas las capitales de la provincia, mandando se solemnizara con Te Deum y misa de gracias, que en Puebla cantó de Pontifical el Obispo Pérez. Orrantía obtuvo el empleo de Coronel de ejército: al dragón que aprehendió á Mina se le ascendió á cabo, se le dieron los 500 pesos de gratificación ofrecidos al que cogiese á éste, y un escudo diverso del que se concedió á toda la división: el

Virrey Apodaca fué premiado con el título de "Conde del Venadito," que conservó, a pesar de haber representado para que se le cambiase, por parecer ridículo el nombre del lugar sobre que recayó.

De Silao fué llevado Mina, escoltado por Orrantía, al campo de Liñán, para seguir la causa informativa que se había comenzado á instruir, fué comisionado el Coronel Don Juan de Horbezo, que hacía de Mayor General del ejército sitiador, siendo el objeto averiguar las personas que habían contribuido en Europa y los Estados Unidos á formar la expedición, y los sujetos con quienes Mina estaba en relaciones en los diversos lugares del Reino, especialmente del Bajío; pero Mina nunca quiso dar informe alguno sobre estos puntos.

Liñán, se interesaba por la conservación de la vida de Mina, con cuyo objeto suspendió la ejecución, esperando las órdenes del mismo Virrey que pidió en carta de 4 de Noviembre, "tanto sobre el destino que debía dar al preso, como sobre lo que convenría hacer respecto al contenido de la carta." El Virrey contestó á Liñán, extrañando que se hubiese detenido acerca de la suerte de Mina, pues ya le tenía prevenido que debía imponérsele la pena capital; en consecuencia, no le quedó á Liñán otro arbitrio que proceder á la ejecución, á la vista del fuerte de los Remedios, por si tal espectáculo podía inclinar á rendirse á los que lo defendían.

El 11 de Noviembre á las cuatro de la tarde, una escolta de cazadores de Zaragoza, condujo á Mina del cuartel general del ejército al crestón del Cerro del Bellaco, que fué el sitio destinado para el efecto, los dos campos enemigos, suspendiendo las hostilidades como de común acuerdo, estaban en el más profundo y solemne silencio. Mina acompañado por el capellán del primer batallón de Zaragoza Don Lucas Sáinz, con quien se dispuso cristianamente, habiendo protestado que moría en la fé de sus padres y lisonjeándose de hacerlo en el seno de la iglesia católica, se presentó con tranquilidad y compostura, y habiendo dicho á sus soldados que debían hacer fuego sobre él:

"no me hagáis sufrir," cayó herido por la espalda, sintiendo sólo que se le diese la muerte de un traidor," de donde se deja conocer, "dice Liñán en su parte al Virrey," que su extravío fué más bien efecto de una imaginación acalorada, que de perversidad de su corazón."

Sin embargo, en oficio posterior el mismo Liñán, remitiendo al Virrey la proclama á los europeos publicada por Mina en Jaujilla, dice: "que éste documento pone de manifiesto cuáles eran las perversas ideas del traidor, y añade, que ya se conocía cuán útil había sido la prisión y muerte del malvado." Los oficiales de varios cuerpos comisionados para asistir á la ejecución, formaron una acta en testimonio de ésta, y el cirujano del primer batallón americano, Don Manuel Falcón, dió un certificado del reconocimiento que hizo de las heridas que causaron la muerte, habiéndose insertado todos estos documentos en la Gaceta del Gobierno: el cadáver se sepultó en el campo, en un lugar inmediato al de la ejecución.

Mina tenía veintinueve años de edad: era de gallarda presencia, agradable trato y poseía en grado eminente, el arte de ganar el afecto de los soldados y de todos cuantos se le acercaban: se firmaba con el nombre de "Javier," y en Nueva España tomó el título de "General del Ejército Auxiliador de la República Mexicana." En los despachos que daba á los oficiales que nombraba, usaba por armas cuatro faces romanas formando un cuadro, en cuyo centro había un león; emblema que no sirvió poco para fundar entre los insurgentes las sospechas de que no trataba de la independencia, sino de conservar siempre el país unido á la España. Su expedición fué un relámpago que iluminó por poco tiempo el horizonte mexicano: sin plan, sin relaciones, y hasta sin noticias del país, se arrojó á la ventura en una empresa cuyo objeto él mismo ignoraba; pero su valor y su habilidad y por la clase de tropa que lo acompañó, pudo comprenderse que si hubiera llegado algún tiempo antes, ó si hubiera traído 2,000 hombres en vez de los 300 que con él desembarcaron, habría cambiado enteramente el

aspecto de las cosas; habría decidido á muchos á declararse por su causa, y habría sido acaso el que hubiese hecho la independencia de México. Habiéndose presentado cuando la revolución estaba en su último período, sin recibir los auxilios que le prometieron los que lo indujeron en el proyecto; visto con desconfianza por los insurgentes; luchando contra todos los recursos de un gobierno establecido, afirmado por la victoria y sostenido por un numeroso ejército. Mina todavía penetró por una serie de triunfos hasta el corazón del país, puso en el mayor cuidado al virey, y su expedición forma un episodio corto, pero muy brillante de la historia de la revolución mexicana.

D. Mariano Herrera, el fiel amigo de Mina, fué condenado á la pena capital, pero en el acto mismo de la ejecución, en Irapuato, obtuvo su hermana que se suspendiese mientras el virrey resolvía sobre un ocurso que le tenía dirigido, y habiéndose fingido Herrera loco, salvó la vida pasando por tal, hasta que se hizo la independencia.



DOÑA MARIA LEONA VICARIO

Muy conocida y muy popular es esta heroína de la Independencia, y su biografía ha sido escrita por varios literatos: el último trabajo que de este género conocemos, es el del señor Lic. Don Genaro García, Director del Museo Nacional, que ha hecho una monografía completa y á la que no se puede pedir más, por lo que limitaremos nuestra tarea á hacer un extracto de ella, deplorando no poder reproducir íntegro el trabajo del señor García.

Nació Doña Leona en esta ciudad el 10 de Abril de 1789, del matrimonio de Don Gaspar Martín Vicario, de Castilla la Vieja, y de Doña Camila Fernández de San Salvador, originaria de Toluca; personas que disfrutaron buena posición social, gracias al trabajo de Don Martín, y que eran estimadas en la severa sociedad de la capital del Virreinato por su educación, piedad y buenas prendas. La niña María Leona, como hija única, fué muy mimada por sus padres y recibió una educación muy superior á la que entonces recibían las personas de su sexo, pues además de la instrucción religiosa, elemental y manual que entonces se acostumbraba, aprendió el francés, el arte de la pintura y otras materias que no se estilaban. Acababa de cumplir diez y ocho años, cuando quedó huérfana de padre y madre y al cuidado de su curador, su tío materno el abogado Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, que administró sus bienes con honradez y